

CARTA ABIERTA

DIRIGIDA AL

SEÑOR DON JUSTO SIERRA

Y ESTUDIO CRÍTICO DEL "BEATO CALASANZ"



Señor Académico Licenciado Don Justo Sierra.

S. C., 5 de Abril de 1895.

Presente.

Muy estimado amigo y colega :

A CONSEJABA Horacio á los poetas que dejasen transcurrir nueve años, antes de ofrecer al público los frutos de su ingenio. Usted ha seguido tan atinado consejo, guardando por más largo tiempo en la gaveta del escritorio su "Beato Calasanz," escrito en 1884 y publicado no hace muchos días.

Cuando oí hablar de un poema religioso escrito por usted, lo mismo que cuando se

anunció la última novela de Zola, intitulada "Lourdes", sentí vivo interés por leer una y otra obra. Deseaba conocer el criterio teológico con que ambas han sido escritas.

En cuanto á Mr. Zola, ya sé á qué atenerme. Después de lo que el novelista francés ha visto en Lourdes y ha escrito en París, tengo para mí, que hay motivo de sobra para aplicarle las severas palabras dirigidas por el Dios Hombre á ciertas ciudades que se habían desentendido de los prodigios obrados á vista de ellas: "¡ Ay de tí Corozain, ay de tí Betzaida! pues si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que entre vosotros, ya mucho ha que en cilicio y ceniza hubieran hecho penitencia."

Por lo que mira á usted, tal vez ha querido que se refleje en su obra alguno de los estados de su espíritu, y aunque sería temerario afirmarlo, quizá no fuera impertinente inquirir hasta qué punto el poeta se identifique con el protagonista, pues siendo el poema psicológico, no carece de interés distinguir en él lo subjetivo de lo objetivo. Así vemos que al juzgar la poesía de Nú-

ñez de Arce, se discute si su duda es sincera ó si es tan sólo un *Deus ex machina* y simplemente recurso teórico; si acaso se extiende á la ciencia misma; si sólo es filosófica ó bien de otro orden.

Los datos que el "Beato Calasanz" nos proporciona no bastan para resolver este linaje de cuestiones; algo más se podría sacar en limpio, teniendo en cuenta por una parte, la escuela filosófica á que usted pertenece, y por otra lo que nos ha dejado ver de su hermosa alma en sus escritos hasta aquí publicados.

En el estudio que he hecho del "Beato Calasanz" y que me atrevo á ofrecer á usted, no hallará observaciones gramaticales, ni léxicográficas; y faltan aquí, no porque piense yo que la Gramática y el Diccionario tengan poco que ver con las manifestaciones del arte hechas por medio de la palabra; sino porque una crítica técnica que falla exclusivamente con arreglo al código de la Gramática y á los léxicos de la lengua, sólo mira al lenguaje, que es la forma más externa de la obra que examina, con lo cual, como es notorio, nadie puede formarse juicio de ésta.

La crítica literaria procura darse cuenta de las formas internas del pensamiento; es decir: de aquella vestidura interior que más lo deja transparentarse; sobre todo intenta llegar hasta el ideal mismo del artista, y para lograrlo, penetra en los senos más recónditos del alma del poeta; aplica su atención á los procedimientos estéticos que ha empleado éste en la ejecución de su obra; inquiere si el fin que se ha propuesto realizar coincide con el fin que el arte debe proponerse; estudia la influencia recíproca que ejercen entre sí el poeta y su época; busca los antecedentes literarios de la obra que juzga y sus afinidades con otras, ya coetáneas, ya anteriores; hace el recuento de las pérdidas ó ganancias que de todas esas obras le resultan al arte, y más de una vez, tiene que introducirse en heredades ajenas, pidiendo á las ciencias que aquilatan la verdad del pensamiento poético. Bien se echa de ver la diferencia que hay entre la crítica gramatical y la literaria. Una es la crítica de La Harpe y de Voltaire, otra la de Villemain, Sainte-Beuve y Taine; entre los españoles, media diferencia muy perceptible entre Hermosilla por

una parte, y Don Juan Valera, Blanco García y Menéndez Pelayo por otra.

Como al leer el poema de usted, sólo me propuse buscar al poeta, de este último diré lo que buenamente me pueda ocurrir; pero no con el carácter de crítico, pues sería en mí reprehensible temeridad, ejercer tan elevada magistratura en la república de las letras; sino simplemente como lector que procura entender el libro que tiene á la vista.

Usted me dirá, si á lo menos, ha sabido leer al "Beato Calasanz" su adicto amigo y entusiasta admirador que atento b. s. m.—
Rafael Angel de la Peña.

Se ha dicho del "Beato Calasanz" "que su épica lucha por llegar á la evidencia, "por conquistar la certidumbre, es la lucha "de la ciencia moderna contra la fe anti- "gua." Para saber hasta qué punto tenga razón el entendido crítico á quien me refiero, es indispensable oír á Calasanz, conocer su vida íntima y llegar hasta el centro de su alma.

Dueño de un trono, en nada tiene las grandezas humanas y desciende de su regio solio, para subir al altar.

Recluido voluntariamente en un convento, allí compartiría sin duda los días de su existencia tranquila y feliz entre el estudio, la oración y la contemplación de las más altas verdades.

Cierto día, llega á sus manos vetusto infolio y lee en él estas palabras :

“... el hombre que al escapar del mundo
“ á prolongar llegare el primordial momento
“ en que la muerte empieza, escuchará en su oído
“ sonar la voz del Verbo, la voz del Increado;
“ sí, siempre que á la carne jamás haya cedido.
“ y nunca, nunca, nunca de Dios haya dudado.”

Desde ese momento su más intenso anhelo es oír esa voz; y espera que así será, porque

“... nunca del Eterno
“ dudó, ni del Espíritu, ni blasfemó su nombre;
“ y la impureza, fango que brota del infierno
“ jamás manchó su humilde sayal.....”

Cierto es que bella y seductora joven “puso en su sangre intenso frío y ardor de hoguera”; pero él afirma que al fin triunfó

de tan peligrosa tentación. Por esto ruega al fiscal de su convento, que llegado el instante crítico de la agonía, ponga en sus labios el maravilloso elixir que, según se asegura en el infolio, prolongará por una sola hora su congojosa existencia.

Durante esa hora, el alma de Calasanz es teatro de interesante y tremendo drama.

No le basta haber escuchado la voz de Dios en el concierto maravilloso que en nuestro oído ponen las admirables armonías del Universo; olvida que los cielos narran la gloria del Altísimo; no aquieta su espíritu la palabra divina escuchada y transmitida por los escritores inspirados; ni la sosegarian tampoco aquellas voces angélicas que en medio de vivos resplandores, anunciaron en día memorable la gloria del Excelso y la paz á los hombres de buena voluntad. El monje pide primero y después exige que Dios le hable como le habló á Moisés; que le conceda lo que técnicamente llaman los místicos locuciones auriculares; quiere escuchar como San Pablo palabras arcanas que al hombre no le es lícito hablar.

Cincuenta años de amor divino, cincuen-

ta años de luchas y de victorias, de mace-
raciones y de acerbos dolores, le dan dere-
cho, según él piensa, á oír la voz del In-
creado. Pero no la escucha y acude á la
Virgen pía; tampoco la oye, y entonces lla-
ma al Danté que lo conduzca al Paraíso, y
como la voz no suena en su oído, invoca á
la mujer á quien amó algún día y con de-
mencia incomprensible y voz sacrílega le
dice:

*“Que acierte yo en tu seno á reclinarme
para escuchar á Dios y muera luego.”*

Mas todo es en vano; Dios no habla, y
Calasanz con acento de concentrada ira,
prorrumpé en estas blasfemias:

*“No me escuchas, Señor, pues tú proscrito,
“óyeme escucha mi plegaria impía
“y por primera vez serás bendito.”*

.....
“Esperó..... más Satán enmudecía.”

Suenan, por fin, las tres de la mañana y
Calasanz al oír la hora

*“Se puso en pie al instante, con la mano
“tendida al tabernáculo desierto
“dijo con un acento limpio y llano
“yo cree en tí ¡Dios mío! y cayó muerto.”*

El poema, si bien religioso, dista mucho
de ser poesía mística, á pesar de ciertos
versos impregnados de amor divino; así
como Calasanz está muy lejos de ser santo,
no obstante su vida penitente.

No hay en el monje aquellas encendidas
aspiraciones y deliquios de amor á Dios que
ponían en los labios de la encumbrada mis-
tica de Avila estos conceptos, tal vez algo
alambicados, pero henchidos de intensísimo
afecto:

*Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero*

Ni hay en él aquella suavidad, ternura y
delicadeza de afectos con que se expresan
los poetas místicos. Y así cuando el alma
embriagada de amor divino, pierde de vis-
ta al Amado, exhala dulces y sentidas que-
jas que Fr. Luis de León acertó á expresar
en estas bellas estrofas:

*¡Oh aires sosegados,
Ya libres de las voces y ruidos,
Al cielo encaminados,
del corazón salidos.
Llevad con vuestras voces mis gemidos!*

Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido:
Lamentando su ausencia,
En tierra del olvido
Queda mi corazón de amor herido.

Pero el alma no se aquieta ni se serena,
mientras no halla al objeto de su amor, y
así habla por boca de San Juan de la Cruz.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras
Plantados por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
De flores esmaltado
Decid si por vosotras ha pasado!

Interrogadas las criaturas, responden con
estas palabras, oídas tal vez en las moradas
celestiales:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

De cuán diferente manera habla y siente

Calasanz, cuando llama á Dios y Dios no le
responde, cuando lo busca y no lo halla.
Es verdad que acude primero á la súplica,
contenida en estos hermosos versos:

Vaso de arcilla soy que al polvo vuelto
Devuelve al cielo su inmortal perfume

.....
Ese polvo, esa alma son mi ofrenda
hostia de amor que de la tierra inerte
"levanta y alza ante tu faz tremenda"
"entre sus manos pálidas la Muerte."

Pero sigamos escuchando al monje, y su
plegaria nos recordará la oración del fari-
seo que intenta mover la piedad divina por
el recuento de propios merecimientos, pues
tos enfrente de pecados ajenos.

"Este siglo dudó; nunca mi alma;
este siglo blasfema de tu nombre;
en mis horas de lucha, en las de calma
yo lo bendije siempre; soy un hombre
que ambicionó jamás mundana palma.

Más de una vez pasa del ruego á la recon-
vención más irreverente, y olvidándose de
que habla con Aquel, delante de quien tiem-
blan las potestadas angélicas, le dice:

"¿No me escuchas, Señor?... Pues tú, proscrito,
óyeme....."

y luego con soberbia que pudiera llamarse satánica, fia el cumplimiento de su más ardiente deseo, no á la bondad divina, sino á su propio valer. ¿Es una prueba? pregunta y con plena seguridad contesta:

“.....acepto me es garante
mi vida entera de salir triunfante.

Puede asegurarse que la soberbia forma el fondo de su carácter. Cuando perdida la esperanza de alcanzar el deseo de toda su vida, acude al espíritu del Mal; á él tampoco rinde parias; trata con él de potencia á potencia, haciendo ostentación de un poder que ni siquiera tenía; en el paroxismo de la desesperación le dice:

Satán, Satán, Satán, tu nombre acato
pero muéstrate á mí, tu voz quisiera
escuchar; sé verdad, y yo desato
tus culpas, y te arranco de la hoguera
con mi poder sacerdotal. ¿Oíste?

Ciertamente no alcanzaba á tanto su poder sacerdotal. Fué también pensamiento de Alfredo de Vigny, que una lágrima de Cristo cayese sobre la frente de Satanás; pero no siempre el pensamiento de un poeta es tesis que pueda sustentarse en buena Teología.

Lo mismo hay que decir de la inconsiderada promesa de Calasanz; lo grave es, que en el presente caso, tanto él, como Satanás saben á qué atenerse, y tal alarde de poder debió hacer sonreír á Luzbel, en el supuesto de que Luzbel pueda sonreirse, y de que esté de vena para ello.

Bajo otro concepto, este rasgo es toque magistral que nos retrata al monje de cuerpo entero y pinta también muy al vivo, hasta qué extremo llegaba en él, el deseo de conocer la verdad.

La soberbia es quizá la clave que explica la vida entera de Calasanz, descubriendo el nexó lógico de sus principales actos. A ser humilde, no le habría faltado la virtud de la obediencia, sin la cual no puede concebirse la vida ascética y menos la de un religioso.

Sin el conocimiento íntimo del monje, causaría extrañeza que al hacer él su autobiografía, llegue hasta reputar mérito su desobediencia al vicario mismo de Jesucristo.

Aun queda otro aspecto importante que considerar en Calasanz, que no puede pasar inadvertido, si se ha de fijar y definir

su carácter moral, aquí íntimamente ligado con su valor estético, y con el valor lógico del poema.

Asegura Calasanz que jamás la impureza manchó su humilde sayal, atribuyéndose una victoria para mí dudosa y entiendo que también para él; de otra suerte no se explica cómo al invocar á la Virgen Inmaculada le dice:

Y tú á quien no puedo desde el día
en que mi carne habló, con mis impuros
labios nombrar, ¡oh vuelve Virgen pia!

y luego ¿no asegura que la joven abadesa contestó á su reclamo con un opaco "yo te amo?"

Todo lo cual, si convence de endeble la virtud del monje, da mayor consistencia á su carácter, pues nada más propio del soberbio que atribuirse excelencias de que carece. Así se explica satisfactoriamente cómo él, que renunció las humanas grandezas y vivió medio siglo martirizando su carne, al fin comete graves pecados. Así cayó Lucifer, á quien dirige Isaías este admirable apóstrofe: "¿Cómo caíste del cielo" "¡oh Lucifer!.... Tú que decías en tu co]

"razón: subiré al cielo, sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, á los lados del Aquilón. Subiré sobre las alturas de las nubes, semejante seré al Altísimo."

Pero el estado psicológico que ha de considerarse como el asunto principal del poema, es la duda religiosa, primero latente y después manifiesta, que atormenta el espíritu de Calasanz.

Sus repetidas confesiones de fe comienzan por ser mentira interna con que pretenden engañarse á sí mismo; porque desfallece de terror, cuando allá en lo más hondo de su espíritu, siente que la fe le ha desamparado, y entonces procura explicarse el estado de su alma atribulada por el frío de la muerte, antes que por el frío de la duda; y después de manifestar á Dios que quizá vapor impío le oculte su luz en el supremo instante, añade con acerba aflicción:

"... ¡ah! no Señor, no temo la duda, no, jamás....! Acaso el frío de la muerte me turbe por extremo."

El físico del convento, que seguramente conocía al monje, exclama:

“Misterio

No existe igual al hombre que es gloria y que es mi-
(sería
éste al llegar de Dios al puro imperio
se para á darle la prueba de Dios á su materia.”

Quien está cierto de poseer la verdad, no necesita de pruebas. Si á Calasanz le hubieran bastado las enseñanzas divinas comunicadas por la autoridad docente de la Iglesia, ¿cómo explicar ese anhelo de toda su vida por alcanzar una revelación directa y personal? ¿No era un santo? ¿No esperaba fundadamente que el último instante de su vida precedería desde luego al primero de perenne é inefable beatitud? Pues ¿qué ignoraba que al nacer á nueva vida, ya no vería á la Divinidad rodeada de sombras y de enigmas, sino cara á cara y entre los resplandores de la luz indeficiente de la gloria? ¿Para qué retardar entonces ni una hora, ni un instante tamaña dicha?

Calasanz, sin embargo, adelantándose á la crítica nos da la razón de ese deseo, que persistente atormenta su espíritu. El no duda; pero apóstol de la verdad, quiere que de todos sea conocida, y por eso dice á Dios:

“Pueda al oír tu voz....
expirante escribir yo he oído
su voz, y el mundo atónito creería,
y este siglo sin Dios, de Dios sería.”

Pero el monje se engaña; la enfermedad que desea curar, arraiga en él mismo; en estado latente para él, pero muy transparente para cualquiera que pueda llegar hasta el fondo de su alma. En su angustioso monólogo, y cuando acaba de pedir luz para el mundo ateo, prorrumpe en estas sentidas quejas:

¿Me escuchas? ¿Por qué entonces á mi ruego
no respondes? Cansado peregrino
en tí busco la calma y el sosiego.”

No se concibe que la duda ajena turbara tan hondamente su espíritu. Más á las claras se revela el estado de su alma llena de angustias, cuando prorrumpe en estas frases:

“¡Ay! por qué tanto la esperé, Dios mío
qué quizá en este instante, en el supremo
instante de expirar, vapor impío
tu luz me oculte.....”

Algún crítico profundo y sagaz ha creído ver en el protagonista del poema la lucha

entre la Ciencia y la Fe. No lo creo así. El poeta terminantemente nos dice lo contrario:

“No, no es cierto, su convento
él cerró al nuevo espíritu aunque en daño
de la ciencia del mundo, pero atento
á la de Dios á la que Aquino y Dante
le enseñaron.....”

No pasaré de aquí sin hacer notar antes, que varones insignes por la amplitud de su ciencia y por la elevación de su criterio, ja más han hallado contradicción alguna entre dogmas de fe y verdades científicas indiscutibles: teólogos meticulosos y sabios descreídos á cada paso crean conflictos entre teorías científicas y opiniones teológicas, y aun á veces, frente á frente de verdades innegables oponen enseñanzas inciertas; pero de aquí nada puede inferirse ni en contra de la Ciencia ni en contra de la Fé. Calasanz no opone á las creencias católicas ninguna verdad de orden científico. Simplemente duda y siente la necesidad de creer.

Pienso que he presentado al protagonista del poema tal como es, y tal como es no puede llamársele beato, sin falsear el con-

cepto de santidad, sin desfigurar el ideal del verdadero asceta que está en abierta oposición con un monje inobediente, sensual, orgulloso y, fuera de esto, muy poco seguro en sus creencias. Calasanz no ha llegado á la santidad ni por los caminos secretos y poco usados del misticismo, ni por las sendas más transitadas del ascetismo.

Su alma, desnuda de las virtudes en que se asienta como en sólida base la perfección cristiana, no se elevó en alas de la contemplación y del amor hasta llegar á la unión íntima con Dios. Es verdad que durante un éxtasis

“.....lo abrazó de la ignota
“vida do no hay conciencia; la sed fiera
“de salir de sí mismo, de ver rota
“su alma y como lluvia disolverse
“en aquel mar eterno gota á gota
“fundirse en el Gran Todo, en él perderse.”

Pero este misticismo panteísta en que desaparecen alma y conciencia, ciertamente es de mala ley; no es misticismo ortodoxo como el de Santa Teresa y el de San Juan de la Cruz, que enseñan cómo el alma se anega en el océano inmenso de la esencia divina, pero sin identificarse con ella, sin

que se esfume ni desvanezca su personalidad; sin que sus potencias se extingan, aunque á veces se hallen en perfecto estado de quietud.

Toda contradicción y todo concepto falso desaparecerían, si el poema llevase por título "El Monje Calasanz" en vez del "Beato Calasanz." Mudado el nombre del poema, ya no surgirá contradicción entre el carácter moral del protagonista, tan bien sostenido por el poeta, y lo que debe ser todo aquel que *durante toda su vida* es apellidado beato y santo. Ni vale, para salvar tal contradicción, que Calasanz, al expirar, haga un acto perfecto de fe, porque aun suponiendo que ese acto hubiera ido acompañado de otro de verdadera contrición, siempre podría sostenerse que si se justificó en el trance de la muerte, *en el curso de la vida* no fué ni pudo llamarse santo quien no vivió vida santa, firme en el bien y en la fe, sin mancha de impureza y asentada sobre la base sólida de la humildad.

Considérese, por otra parte, como despojado Calasanz durante su vida del carácter de santidad, tiene cumplida explicación, que no escuchase la voz de Dios, ya que

no supo conservar incólumes su pureza y su fe.

Mas si desde el punto de vista de la Mística y de la Ascética, es preciso condenar al protagonista del poema; desde las regiones serenas del arte, no sólo hay que absolverle, sino que aplaudir y admirar al poeta y al psicólogo, por haber creado un personaje que ha causado honda é intensa emoción estética, que observa constantemente con inflexible rigor lógico el *sibi constet* de Horacio, y en cuya alma se refleja con pavorosa fidelidad el estado de muchos espíritus, peregrinos extraviados en los desiertos arenales de la duda, que suspiran por llegar algún día al oasis deleitoso de la creencia.

Mas ¿ puede la duda ser asunto propio de la poesía? Críticos eminentes así se producen: "toda poesía requiere afirmaciones ó negaciones robustas, y los mismos poetas que pasan por escépticos, son verdaderos poetas por lo que afirman ó por lo que niegan, pero no por lo que dudan." Seguramente aquí se habla de la duda lógica; de la proposición que colocada á igual distancia de la afirmación y de la negación, no

puede ser tesis de ninguna producción científica, filosófica ó literaria; pero no de la duda psicológica; es decir: del estado del alma que se halla perpleja, sin poder afirmar ni negar. Como tal estado es un hecho indubitable, tiene aquel grado de realidad que ha de haber en todo elemento estético, y será, en efecto, tal elemento, si la duda recae sobre asunto tan trascendental como el que ocupa y llena el alma de Calasanz. ¿Pero basta que sea real é interesante ese estado psicológico para que sea poético? Núñez de Arce dice en alguna de sus obras: (1) "Pinto la duda hermosa y atractiva porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!" Sin embargo, otras veces no la presenta como "virgen de púdicos contornos fulgurante triste", sino como "reptil áspero y frío." Si sólo es bello lo que por sí mismo causa placer, la cuestión está resuelta, ya que la duda, y sobre todo la de carácter religioso, causa angustias inenarrables; pero el dolor es también asunto propio del arte romántico, al cual pertenece sin duda el "Beato Calasanz", entre otros

(1) Notas á la Visión de Fray Martín.

caracteres, por lo que tiene de subjetivo y psicológico.

Viene á mi propósito repetir aquí ciertas doctrinas de algunos estéticos sobre el arte clásico y el arte romántico, que expuse ya en otro lugar. (1) "El arte clásico, decía yo, se propone dar cuerpo y realidad á lo bello, á lo que está limitado por las proporciones, la forma y el número. Sus leyes son estrechas y severas; siempre se muestra solícito por conservar perfecto equilibrio entre la razón y la fantasía, y si tal equilibrio se perturba, el fiel de la balanza se inclina al lado de la razón; así es como imprime á sus obras el sello de serenidad y felicidad de que hablan Hegel y Schiller."

La escuela romántica siempre ha aspirado á la realización de lo sublime y sus preceptos consienten mucha mayor libertad al artista. Víctor Hugo, que en esta escuela ocupa puesto encumbrado, ha dicho: "no hay otras reglas que las leyes generales de la naturaleza que imperan sobre todo el arte, y las leyes especiales que para cada composición resultan de las condi-

(1) Prólogo á los "Murmurios de la Selva."

“ ciones de existencia propias de cada asunto, y que no sirven más que una vez.” Sin embargo, quiere que la libertad no lleve á la anarquía, y que la originalidad no autorice la incorrección. “En una obra literaria, dice, la ejecución debe ser tanto más irreprochable, cuanto más atrevida sea la concepción.” Y por lo que mira á la cuestión tan debatida de las unidades, no se conforma como otros románticos, sólo con la unidad de interés, sino que exige también la de acción, prescindiendo de las otras.

Esta libertad en el arte romántico se debe en algunos casos al predominio de la fantasía sobre la razón, predominio que no se alcanza sin lucha, de la cual resulta un placer mezclado de dolor ajeno al arte clásico.

Pero no sólo producen dolor estos procedimientos internos del romanticismo, sino que el mismo dolor y lo que es moral y físicamente feo, caen bajo su dominio, no sólo á título de contraste, sino como asunto que por propio derecho le pertenece. Oigamos de nuevo á Víctor Hugo, según lo expone Menéndez y Pelayo, crítico eminente:

te: “El cristianismo condujo la poesía á la verdad. Como no todo en la creación es bello, como al lado de lo bello existe lo feo, al lado de lo gracioso lo deforme, y lo grotesco coexiste con lo sublime, y el mal con el bien, y la sombra con la luz; la razón estrecha y finita del artista no ha de pretender sobreponerse á la razón infinita y absoluta del Creador, mutilando y rectificando su obra, sino que debe imitarla en sus creaciones, mezclando sin confundirlas la sombra con la luz, lo grotesco con lo sublime, el cuerpo con el alma, la bestia con el espíritu. Y hé aquí un principio extraño á la antigüedad, un tipo nuevo introducido en la poesía.”

El mismo eminente crítico y estético insigne, dice “que aunque rigurosamente sea falso que la antigüedad no tolerase la imitación de lo grotesco, puesto que lo admitía en todas partes, en la epopeya, en la tragedia, en las artes plásticas, y hasta creó para él géneros aparte, como el drama satírico, y las *atelas* y los *mi-mos*, no se puede negar que en el arte antiguo impera la categoría de belleza, y en el arte moderno, no precisamente la de